



1

TÉ Y SÁNDWICHES – AHÍ VA EL DICKENS – UN TUMULTO INDECOROSO – NUESTRA HEROÍNA DESPEGA – EXPLOSIONES – LOS PELIGROS DE LA CARIDAD – UN CALZADO INTERESANTE – NO MÁS PREGUNTAS A ELIZABETH BENNET – UNA MALA DECISIÓN

Charlotte ya no se pudo quedar callada. Desde hacía un buen rato, un joven frente al mostrador de la confitería había estado maltratando a un camarero con un lenguaje que le perforaba el alma. Había intentado hacer lo mismo que los demás y mirar hacia otro lado. Porque... ¿quién no comprende el dolor que causa ver frustradas las esperanzas de un scon tibio con frutos rojos? Pero al final se le acabó la paciencia y tuvo que intervenir con los medios que tenía a su alcance y esos medios no eran otra cosa que un libro de Dickens que había estado leyendo mientras tomaba el té con sandwichitos.

Mientras se levantaba de la silla, lanzó *Grandes esperanzas* a la cabeza del joven y luego volvió a sentarse frente a sus sándwiches.

El joven bramó. Se agarró la cabeza y con los ojos desorbitados paseó una mirada asesina por todo el local.



—¿Quién fue?!

Charlotte extendió una delicada mano enguantada en encaje.

—Él —dijo, señalando a un caballero de pelo castaño en una mesa cercana.

Varias damas soltaron un grito ahogado. Sin embargo, el chivo expiatorio que había elegido ni se inmutó. A Charlotte no le sorprendió. Lo había visto entrar a la casa de té y había notado de un vistazo que todo en él era rico, desde su largo abrigo negro hasta su maletín con apliques de oro. No lo imaginaba prestando atención a alguien que considerara inferior a él. Dicho y hecho: leía el periódico y tomaba el café como si ella ni siquiera hubiera hablado.

Sin embargo, el joven enfadado la había oído bastante bien. Se abalanzó sobre el caballero, le arrebató el periódico y lo arrojó con dramatismo al suelo. La gravedad del momento quedó un poco deslucida porque salieron volando varias páginas y una de ellas le cubrió la cara y ahogó su exposición. Pero la apartó y la hizo un bollo en un puño.

—¿Qué cree que está haciendo? —le preguntó mientras blandía los nudillos con el papel arrugado.

El caballero parpadeó sin perder la compostura.

—¿Perdón?

—¡Me acaba de lanzar un libro! Levántese, señor. ¡Dé la cara!

—No sea ridículo —replicó el caballero, impasible. Charlotte percibió que su voz también era rica, con un acento apenas perceptible, entretejido como hilo de oro.

—Compéñeme por mi periódico y luego vuelva a la zanja de la que salió. Está alterando la paz del lugar.

—¿Qué alterando ni alterando! —El joven agarró las solapas del abrigo del otro hombre, más corpulento que él, y lo levantó de la silla.



–Ay, Dios mío –murmuró Charlotte, apretando el respaldo con la espalda mientras los hombres tropezaban contra su mesa. Los otros clientes gritaban, pero Charlotte no perdió el control. La taza saltaba en el platito. Los sándwiches casi se salían del plato. Si se quedaba ahí bufando sin hacer nada, se le iba a arruinar todo lo que le habían servido.

Con un suspiro, se levantó y dejó la servilleta sobre la mesa. Tomó un último sorbo de té mientras los hombres derribaban sillas en furioso combate. Envolvió sus sandwichitos en la servilleta, rescató su bolso justo antes de que los hombres cayeran sobre él y luego se dirigió a la salida con el maletín del caballero en la mano.

Sonó una campanita cuando abrió la puerta y salió. Una brisa le acarició el peinado rubio fresa, pero no consiguió desarmarlo. Charlotte se detuvo un momento, entrecerró los ojos por la luz vibrante de la tarde y evaluó qué camino tomar.

St. James Street estaba iluminada como siempre por el brillo que dejaban las señoras sin rumbo fijo enfrascadas en sus quehaceres habituales: comprar, mirar vidrieras y, en general, pasearse a ellas mismas. Por desgracia, una mujer vestida toda de gris, con una sola pluma en el sombrero y con el armazón que va debajo de la falda lo más discreto posible pero sin llegar a ser indecente, llamaría mucho la atención entre ellas. Pero no había elección. Cerró la puerta de la casa de té justo cuando una tetera se estrellaba contra esta. Desde el interior del local llegó el grito angustiada de una mujer, y luego el de un hombre:

–¿Dónde está mi maletín?!

Charlotte se acomodó el modesto sombrero, se colgó el bolso del antebrazo y siguió caminando por la calle.

No se había alejado mucho cuando el tintineo de la campanita



sacudió su conciencia. Sin mirar atrás, empezó a dar pasos más largos. En unos instantes recorrió varias yardas de St. James's Street, saludó con la cabeza a un agente de policía que se corrió para dejarla pasar, dobló y avanzó por King Street.

Casi de inmediato la obligó a detenerse media docena de señoras que se reían a coro mientras se deslizaban a un ritmo que apenas podía calificarse de paseo. Charlotte se puso a dar golpecitos impacientes con el pie mientras intentaba avanzar detrás de ellas con poco éxito.

—¡Alto, ladrona! —se oyó gritar desde St. James's Street, y la fuerza del enojo hizo que se oyera muy bien a pesar de la distancia. Charlotte intentó esquivar a las damas sin éxito. En serio, la gente no tenía consideración por los demás. ¿Cómo pretendían que se efectuara un robo cuando gente ociosa obstruía el paso de esa forma tan vergonzosa? No le dejaron otra alternativa más que renunciar a todo decoro y lanzarse entre los coches y los caballos que tiraban de ellos por la calle. Un conductor le pidió a voz en cuello que saliera de la ruta que él tenía trazada (o al menos profirió palabras que querían decir eso). Cuando miró hacia atrás, Charlotte vio que el caballero de la casa de té tomaba King Street. Su abrigo ondeaba mientras se dirigía hacia ella. Al darse cuenta de que no podría evitar que la alcanzara, murmuró algo en voz baja.

De repente, los caballos relincharon y se encabitaron, y obligaron al coche del que tiraban a detenerse de golpe en el centro de la calle. De la parte trasera del vehículo salieron volando unas calabazas, que estallaron contra los adoquines y provocaron gritos de las damas que veían sus vestidos salpicados con un puré naranja. Un pequeño factón que venía por detrás evitó la colisión por un pelo y, cuando el conductor se levantó de su asiento para insultar a gritos al conductor del carruaje, los peatones comenzaron a aglomerarse con la misma intención.



En cuestión de segundos, la calle quedó obstruida.

Charlotte se alejó del tumulto. Sus tacones hacían un clic clic delicado contra el pavimento. Vio la casa de reuniones públicas de Almack's más adelante y apuntó hacia ella.

El silbido de un policía ahogó el clamor de la multitud y Charlotte se estremeció. El dolor provocado por el ruido recorrió sus nervios. Ay, si pudiera abandonar Londres con toda su cacofonía y retirarse a Hampshire, el lugar de nacimiento de Jane Austen, donde la paz verde susurraba poesía suave y a la vez intensa al corazón. No sería posible. El deber la obligaba a permanecer en Londres, noble deber (y el hecho de que no había muchas cosas de valor para robar en la campiña), pero igual seguía soñando. Y de vez en cuando hacía breves excursiones en tren porque la verdad es que no había nada como alejarse de casa para sentirse realmente cómoda.

Así, mientras imaginaba robles y caminos rurales y a sus espaldas se intensificaba el tumulto, Charlotte se dirigió sin más demoras hacia Almack's. La puerta estaba abierta y junto a ella estaba la bicicleta de un repartidor apoyada contra la pared. Las cálidas sombras del interior prometían un descanso de los inconvenientes de Londres, lo mismo que una puerta trasera por la que podría salir sin que la vieran los policías, los conductores de carros cargados con calabazas y los alterados dueños de maletines. Casi había llegado cuando vio al niño.

Un mero trozo de humanidad, acurrucado entre ropas rotas y sucias, con la pequeña mano extendida en forma patética. Charlotte lo miró y luego miró la puerta de Almack's. Se detuvo con decisión.

—Hola —le dijo, con el tono rígido de alguien que no está acostumbrada a hablar con niños—. ¿Tienes hambre?

El niño asintió. Charlotte le ofreció sus sandwichitos envueltos, pero él vaciló y la miraba por encima del hombro con ojos



muy abiertos y temerosos. De repente, le arrebató la comida y salió corriendo.

Charlotte lo observó mientras se alejaba. Dos sandwichitos de pepino no lo mantendrían en pie durante mucho tiempo, pero sin duda podría vender la servilleta de lino con buenos resultados. Casi sonrió cuando se le ocurrió la idea. Luego se puso de pie, con la barbilla en alto, y giró para mirar al caballero que ahora se cernía sobre ella.

–Buenas tardes –le dijo ella mientras apretaba con fuerza el maletín.

Como toda respuesta, él la tomó del brazo, no fuera cosa de que siguiera el ejemplo del niño. Su expresión osciló entre la sorpresa y la incertidumbre antes de aterrizar en el duro suelo del disgusto. Sus ojos de un azul oscuro echaban chispas. Charlotte se dio cuenta de algo que no había notado antes: llevaba botas altas de cuero, con correas y hebillas, llenas de cicatrices fruto de un uso intenso, botas de esas que hacen temblar el corazón de una mujer, ya sea de miedo o de placer, según su educación. De la oreja izquierda le colgaba un gancho de plata; un anillo de rubí le rodeaba un pulgar y lo que ella había tomado por barba no era más que el resultado de no afeitarse unos días. Todo ello llevó a Charlotte a una conclusión a la que le horrorizó no haber llegado antes.

–Pirata –dijo con disgusto.

–Ladrona –respondió él–. Devuélveme mi maletín.

¡Qué grosero! ¡Ni siquiera la sugerencia de un por favor! Pero ¿qué otra cosa podía esperar de un bárbaro que seguro volaba por ahí en alguna casita de ladrillo creyéndose un gran hombre solo porque sabía hacer que se elevara?

Los piratas sí que eran lo más bajo de lo más bajo, incluso si (o



posiblemente porque) podían llegar más alto que todos los demás en sus casas de guerra que podían elevar gracias a la magia. Un uso tan poco sutil del encantamiento era un crimen contra la civilización, incluso antes de pensar en piratería. Charlotte dejó que se evidenciara su irritación, aunque fruncir el ceño en la calle era cualquier cosa menos algo propio de una dama.

–La posesión es lo que cuenta, señor. Tenga la amabilidad de soltarme y no llamaré a la policía para que lo acuse de abuso sexual.

Él la sorprendió riendo.

–Veo que eres tan ingeniosa como ladrona. Y también una filántropa. Si no te hubieras detenido por el chico, podrías haber escapado.

–Lo haré de todas maneras.

–No lo creo. Puede que seas lista, pero podría tirarte al suelo en un instante.

–Tal vez –aceptó Charlotte con serenidad–. Sin embargo, le sugiero que observe que mi zapato está sobre su pie. Si me apetece, puedo disparar un dardo envenenado del taco, dardo que le penetrará la bota y la piel y lo paralizará en unos instantes.

Él enarcó una ceja.

–Ingeniosa. Así que tú también eres pirata, supongo.

Charlotte profirió una exhalación indignada mientras trataba de zafarse.

–¡Claro que no, señor, y exijo una disculpa por el insulto!

Él se encogió de hombros.

Charlotte esperó, pero al parecer eso era todo lo que él estaba dispuesto a decir. Respiró hondo, decidida a mantener la calma. ¿Qué haría la feroz heroína de Jane Austen, Elizabeth Bennet, en esta situación?



–Me considero una mujer razonable –dijo–. Me enorgullece no tener prejuicios. Aunque su comportamiento es vergonzoso, y yo seguramente tenga hematomas en el brazo, comprendo que ha sido una tarde difícil para usted. Por lo tanto, le doy permiso para retirarse.

–Qué amable –respondió él con ironía, aunque aflojó un poco la mano que apretaba el brazo–. Sin embargo, no me voy a ningún lado sin mi maletín.

–Pero es para los huérfanos –dijo ella, y su tono sugería horror ante la idea de que él pudiera privar a las pobres y desdichadas criaturas de cualquier pequeño consuelo que su maletín pudiera otorgarles.

–¿Para los huérfanos? ¿Y se lo vas a llevar ahora mismo?

–No sea ridículo. Ya es tarde. Ninguna dama bien educada hace negocios por la tarde. Me lo llevo a mi casa, venderé su contenido y así aumentará el volumen de mi patrimonio. Se fortalecerá mi riqueza en general y mi prestigio, lo que a su vez dará peso a mi opinión sobre la triste situación de los huérfanos.

–Entiendo. ¿Así que contribuyendo a tu riqueza personal estoy ayudando a los pobres?

–Tal cual.

El hombre, con una mueca de sospecha preguntó:

–¿Seguro que no eres pirata?

–¡Claro que no! Soy todo lo contrario de una pirata. Soy una buena persona. Solo les robo a los ricos.

–¿Y a los que serían ricos si se lo propusieran?

–También. –Hizo una pausa, frunciendo el ceño–. No. Es... –se interrumpió, murmurando algo inaudible.

–¿Cómo dices? –preguntó el hombre, y se sobresaltó cuando se acercó volando una calabaza y le rozó la cabeza antes de estallar contra la pared de Almack's. La pulpa húmeda salpicó su abrigo, aunque



por suerte (y por alguna alteración de las leyes de la física) ninguna tocó a Charlotte.

El hombre la miró fijamente durante un largo rato. Luego, con la mano libre, le corrió la manga y quedó expuesta una delicada pulsera de oro con abejitas colgando.

—Ya me parecía. He oído hablar de mujeres como tú. ¿Cómo te llamas?

Charlotte trató de soltar el brazo, otra vez sin éxito.

—Muy bien —se resignó—. Soy la señorita Anne Smith. ¿Y a quién tengo la desgracia de dirigirme?

—Capitán Alex O’Riley, señora. Que, debo añadir, es mi verdadero nombre.

Así que era irlandés, como lo sugería su leve acento. Un pirata irlandés en Londres. Charlotte se podía imaginar la poesía desenfrenada que estaba dejando a su paso.

—No puedo decir que estoy encantada de conocerlo, señor O’Riley. Pero si me deja su tarjeta, estoy segura de que lo reconoceré si nos encontramos de nuevo en algún baile público u otro evento.

—O tal vez —contraatacó él—, podría dejarte inconsciente, llevarme mi maletín y besarte antes de irme.

Se le dibujó una sonrisa perversa. Charlotte se quedó sin aire por segunda vez en veintiún años. Su indignación era tan grande que le costó encontrar una respuesta ingeniosa. Elizabeth Bennet, consultada con urgencia, solo pudo sugerir que su arrogancia, su engreimiento y su egoísta desprecio por los sentimientos de los demás eran tales que superaban la desaprobación y pasaban directamente al disgusto. Pero Charlotte no tuvo tiempo de expresar todo eso antes de que él volviera a hablar.

—Perdóname —le dijo él, sin la menor muestra de remordimiento—.



No suelo ser tan brusco. Pero ¿qué otra cosa puede hacer un pirata cuando se encuentra con una dama de la Liga Wicken? –Y le dirigió una mirada petulante y desafiante.

–No tengo ni idea de lo que quiere decir –respondió Charlotte.

–¿No? –Inclinó la cabeza hacia un lado como si pudiera verla mejor así torcido—. Una vez conocí a una dama con una pulsera con abejas parecida.

–Es un símbolo muy común.

–En su caso, mostraba que pertenecía a una liga encubierta de mujeres expertas en las artes de la astucia. Es decir, aunque creo que nunca debe decirse –mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie lo oía, se puso tan cerca que Charlotte podía ver las chispas de burla en sus ojos–, de la brujería.

Charlotte se quedó pensando un momento, luego descartó a Elizabeth Bennet en favor de Lydia y le dio un fuerte pisotón en el pie.

Salió un humo púrpura del taco. Maldición. ¡Zapatos incorrectos! El patán podría enfermarse si respirara ese humo, pero como el humo estaba como a seis pies por debajo de su boca y nariz, el riesgo era mínimo. Era ella la que estaba en peligro, ya que era más baja que él. Por suerte, la sorpresa le había hecho aflojar la mano, y Charlotte se soltó de un tirón, lo golpeó en la barriga, luego bajó la barbilla con su propio maletín, y salió corriendo.

–¡Alto! –gritó él, pero no la siguió, porque estaba doblado agarrándose el abdomen. Charlotte sabía que pronto se recuperaría y la alcanzaría. Escapar a pie iba a ser imposible. Casi sin pensarlo, agarró la bicicleta del repartidor y se trepó tan rápido como se lo permitió su falda.

El vehículo se tambaleó cuando empezó a avanzar sobre los adoquines. Pronunció palabras apresuradas en voz baja. Una señora la esquivó justo a tiempo, se oyó un grito de quien ella supuso era el repartidor y



siguió murmurando, murmurando con apremio, hasta que de repente la bicicleta se elevó del sendero por el aire iluminado por el sol.



Alex sonrió a pesar del dolor al ver a la bruja levantar el vuelo. Los peatones abrían grandes los ojos y la boca y señalaban al ver a una mujer en una bicicleta voladora, o tal vez porque se le veían los calzones de encaje por debajo de las faldas al viento. Era realmente magnífica, reconoció el capitán, con ese tupido pelo rubio fresa y esos ojos de tornado, por no hablar de su deliciosa voluntad de mutilarlo o matarlo. Sin embargo, sus modales le recordaban demasiado a los de la cuidadora de su infancia. La idea de besarla, mezclada con el recuerdo de su niñera dándole un chirlo en el trasero, lo puso más nervioso de lo que quería estar en un espacio público.

Además, a Alex le desagradaban las brujas por principio general. Aunque solo había conocido a una, había sido más que suficiente. Tan solo el recuerdo lo hizo estremecerse, y se apresuró a transformar la expresión en un gesto melancólico, por si alguien lo estaba mirando.

La Sociedad Wisteria, líder de la comunidad pirata, consideraba que la brujería estaba “desprestigiada”, y Alex tendía a estar de acuerdo, aunque prefería “desviada”, “destruictiva” y otras palabras aliteradas que no se le ocurrían en ese momento. Aunque la Liga Wicken empleaba los mismos encantamientos mágicos que los piratas, optaban por hacerlo con más sutileza. Alex lo encontraba sospechoso. ¿Qué clase de persona prefería jugar con cosas menores (calabazas, personas, bicicletas) cuando podía hacer volar edificios enteros? ¿Y por qué hacerlo en secreto, cuando era posible aumentar la mala reputación?



Por otro lado, también estaba de acuerdo con las brujas cuando decían que los piratas eran arrogantes, y no tenían ningún sustento. Su propia arrogancia sí estaba totalmente justificada, pero algunos piratas que conocía harían bien en escuchar esa afirmación de la Liga Wicken. No es que tal cosa fuera a suceder, pues las dos sociedades se complacían tanto en odiarse mutuamente que nunca estaban dispuestas a encontrarse. Alex no habría perseguido a la mujer si se hubiera dado cuenta de que pertenecía a la Liga. Él podía ser un corsario nefasto, pero no solía buscarse problemas.

Eso sí, ahora era la bruja la que se estaba buscando problemas. Manejar una bicicleta sobre una calle llena de gente iba en el sentido contrario del secreto que perseguía la Liga, y cuando sus compañeras brujas se enteraran, iba a correr más peligro del que habría corrido con él.

Alex, al pensar en esto, sonrió y la despidió con la mano. Perder su maletín era una molestia, ya que había venido a la ciudad para un par de chantajes, tal vez una estafa o dos, y el robo había arruinado todo. Pero sobre todo se alegró de verla marchar. No importaba que todavía pudiera sentir su aroma de jabón puritano, ni que su pie estuviera todavía latiendo por cómo lo pateó. Alex respetaba a las mujeres lo suficiente para saber cuándo mantenerse alejado de ellas.

Pero, por Dios, esos calzones eran muy bonitos.

Charlotte frunció el ceño mientras pedaleaba hacia arriba. Toda su vida se había sometido a una regla. Bueno, es decir, a varias docenas de reglas, tales como no poner nunca la leche antes del té, no encorvarse nunca en el sofá y cepillarse siempre el pelo cien veces antes de acostarse. Pero por debajo de los mezquinos requisitos que regulaban la existencia de las mujeres, había uno muy específico: no hacer magia en público.



Sí, ella podría arrojar un libro y hacer parecer que lo había hecho con la mano. Podía detener un carro tirado por caballos, derribar la carga para crear una distracción. Pero la magia muy evidente estaba estrictamente prohibida. No solo la podían quemar viva si la descubrían, sino que ponía en peligro a toda la Liga. Solo porque nadie se había encontrado con un cazador de brujas en más de un siglo no significaba que no estuvieran por ahí, acechando en las calles y atormentando las pesadillas de las brujas decentes e infractoras de la ley. Charlotte había sido educada para no romper una regla, para no arriesgarse.

Y, desde luego, Elizabeth Bennet nunca lo haría.

Sin embargo, allí estaba ella, montada en una bicicleta sobre una concurrida calle de Londres a mediodía mientras la miraba una multitud de peatones horrorizados.

Si seré estúpida, se castigó Charlotte. Un hombre te agarra del brazo, te sonríe como si estuviera desatando lentamente tu cerebro, y tú entras en pánico y tiras por la borda veintiún años de escrupulosa cautela... literalmente. Más vale que el contenido del maletín haga que todo esto haya valido la pena.

La pluma de su sombrero tembló en la brisa como de memoria. Sus faldas le llegaban a las rodillas. Charlotte pedaleó con fuerza para ganar altura. Si pudiera ir más arriba que los tejados, sería libre. No pudo evitar lanzar una mirada hacia abajo, hacia la calle, y ahí vio al capitán O'Riley saludándola alegremente. Tenía algo en la mano...

¡No! Le había robado el bolso.

–¡Maldito desgraciado! –gritó, y sacudió el maletín. Él se rio. La bicicleta se tambaleó peligrosamente y, cuando Charlotte trató de agarrar el manillar con las dos manos, se rompió la cerradura del maletín. Antes de que pudiera hacer nada, se le abrió de golpe.

Y una nube de papel en blanco triturado flotó sobre la multitud.

